

XI

Acciones de Jalatlaco y Pachuca. Intervención francesa

1861-1862

SE hizo la persecución de Márquez por la poderosa división del general González Ortega, hacia el oriente del Estado de México; pero entendido y activo aquel jefe reaccionario, con conocimiento del terreno sobre que operaba, esquivó los combates, y sólo incidentes sin importancia entre fuerzas aisladas de vanguardia tuvieron efecto en la campaña, que iba prolongándose del final de Junio á mediados de Agosto.

Por último, los sucesos graves vinieron, y así habla de ellos el general Díaz en sus apuntes biográficos:

«Estando en Toluca, tuvo noticia el general González Ortega de que el enemigo pasaba por la plaza de Santiago Tianguistengo, en dirección á la montaña. Me ordenó que con mi fuerza disponible, que en aquellos momentos se componía de doscientos treinta y tres soldados, me incorporara á la caballería del general D. Antonio Carvajal, á cuya disposición debía yo ponerme, con el fin de que ambas fuerzas reunidas estorbaran la marcha de Márquez, mientras le alcanzaba la división; y con ese objeto partimos de Toluca á las tres de la tarde del día 12 de Agosto de 1861.

»Al entrar la noche, llegamos á la hacienda de Atenco y batimos en ella un destacamento de doscientos caballos de la tropa de Márquez, la cual se retiró después de ligera resistencia. Entramos á Tianguistengo sin novedad, y allí supimos que el enemigo pernoctaba en Jalatlaco, y que había dejado á su retaguardia, en observación sobre nosotros, más de quinientos hombres de caballería. El general Carvajal, que era muy conocedor del terreno, dispuso que marcháramos por una vereda que, aunque daba algunos rodeos, nos permitiría pasar á más de una legua de ese puesto de observación y llegar hasta el grueso del enemigo sin que pudiera preceder aviso.

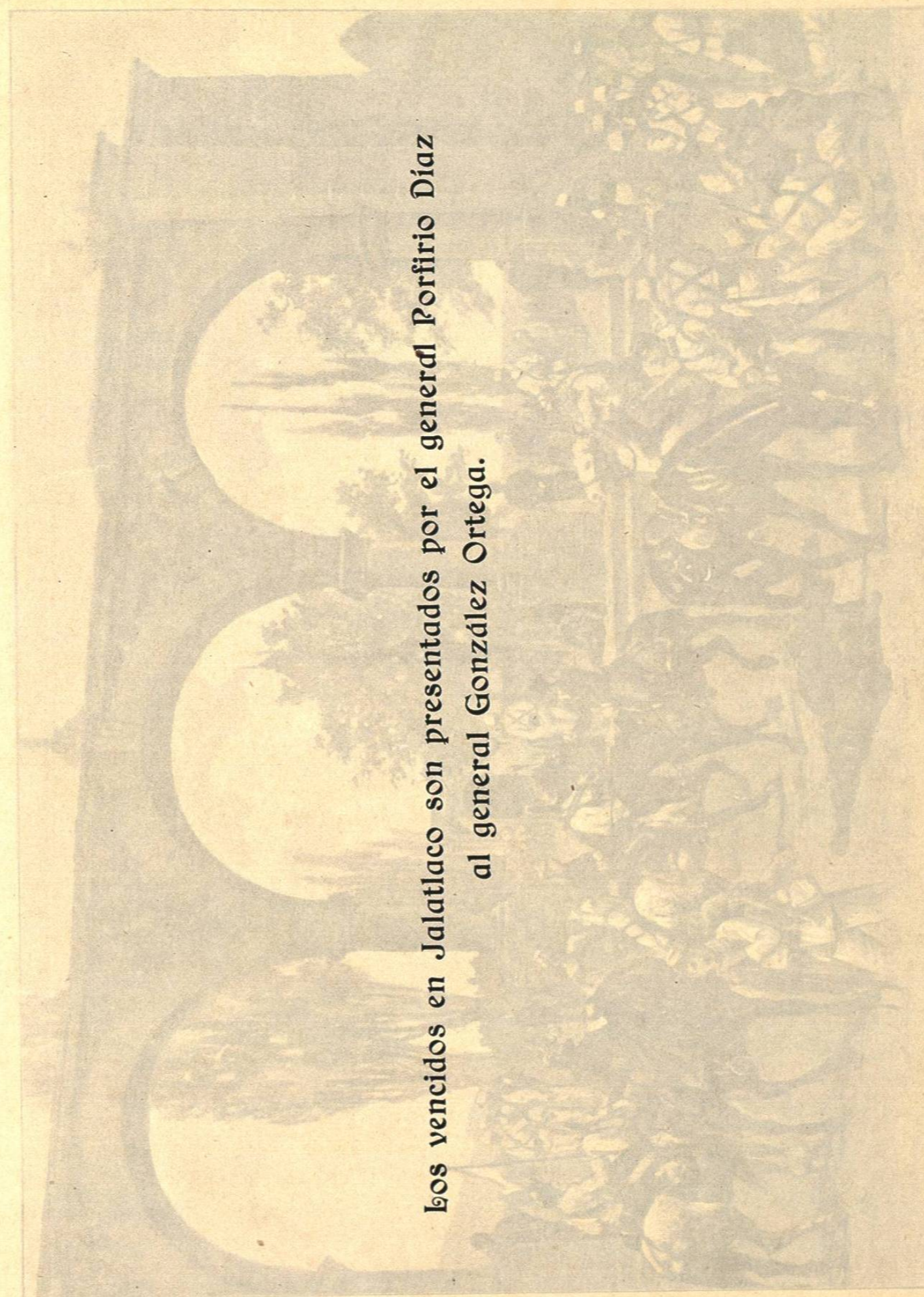
»Como yo no conocía el terreno, marché por varias horas á retaguardia de la caballería de la columna; y cuando ésta se detuvo, avancé en busca del general Carvajal, quien me llevó á la cabeza de la tropa, que estaba en hilera por lo estrecho de la vereda, y desde una pequeña eminencia á tiro de fusil de la plaza, me enseñó los puntos que ocupaban las tropas contrarias en el citado pueblo de Jalatlaco, y que se marcaban en la obscuridad por los fuegos que servían para condimentar su rancho, y me ordenó que bajara á tirotearlas mientras llegaba la división.

»Mandé al teniente D. Crisóforo Canseco, con veintitantos hombres, á hostilizar un puesto

avanzado que, según informes que había recibido el general Carvajal, tenía el enemigo en una ermita cerca de la iglesia de Jalatlaco; y yo, con el resto de la fuerza, me dirigí á la parroquia por el rumbo opuesto. Al ponerme á la cabeza de mis soldados, que marchaban á la desfilada en una retorcida vereda, en medio de las tinieblas de la noche, no podía ver lo que pasaba á retaguardia. Así es que no me dí cuenta de que el general Carvajal, cuando apenas habían pasado algunos veinte individuos de tropa tras de mí, cortó las hileras, ordenando á las de atrás que hicieran alto; lo cual, advertido por el capitán Barriguete, que cubría la extrema retaguardia, se adelantó, y después de cambiar palabras con aquel general, consiguió proseguir el avance con el resto de la fuerza; mas á virtud de la obscuridad que reinaba, extravió el derrotero y no pudo incorporárase luego, pero sí lo hizo al oír los disparos que yo mandé efectuar por el oriente de la plaza del pueblo, que le sirvieron de indicación, así como el sonido especial de mi corneta de órdenes, que distinguió de las enemigas, que daban el toque de *levante*, cuando la que yo llevaba tocaba *fuego*. Para unírseme el citado capitán, hubo de atreverse por el lado Sur de la misma plaza, batiéndose hasta incorporárase.

»Cuando comenzó mi fuego, la infantería enemiga, que me sirvió de objetivo desde mi marcha inicial por sus fogatas, estaba en el templo y el atrio del pueblo, que es tan grande como una plaza de armas, y la caballería estaba situada en otros cuarteles que dicha plaza circundaban. Sufría yo por lo mismo, por la retaguardia, los tiros de los soldados de caballería, y esto me obligaba á distraer muchos hombres para defender la espalda, impidiéndome emprender una operación más seria contra el templo y el atrio, que me vino á la mente efectuar; pues aunque las instrucciones recibidas eran llamar la atención del contrario, estorbándole la retirada que hacía de la división á que pertenecíamos, no era de desaprovecharse nuestro ataque, que recibiera por sorpresa, y de allí venía mi pensamiento de sacar todas las ventajas que las circunstancias me ofrecían en aquellos instantes. En tal virtud, resuelto ya á lanzarme sobre el núcleo principal del enemigo, por más que fuese muy superior en número, mandé suplicar al general Carvajal que se sirviera avanzar con su fuerza, á cubrir mi retaguardia, pero me contestó que no podía hacer uso de su caballería para el efecto. Como quiera que hubiese sido, y sin que esperase la respuesta dicha, por todas partes habíamos atacado. Hubo un momento en que diez ó doce de mis soldados, con el capitán José María Omaña á la cabeza, penetraron en el atrio por el Sur, suponiendo que yo lo había verificado ya por el extremo contrario, pues, según su decir, mis voces, que daba en el arco de entrada, las oía como si estuviera yo en el interior. Efectivamente, llegué á dicho arco y tuve que rehacerme para reunir toda mi fuerza y volver á la carga.

»Prisionero Omaña, es mandado fusilar por Márquez mismo; pero el oficial que nombró, temeroso del resultado de la acción, y para congraciarse con el enemigo, que en su aturdimiento, causado por la sorpresa, supuso que era numeroso y vencería, escondió al capitán, y no sólo no cumplió la orden de muerte contra él, sino que ambos, con la propia escolta que debía hacer la ejecución, entre el desorden del momento, y protegidos por la sombra, se deslizaron saliendo del cuadro de defensa, y por calles extraviadas corrieron al camino por donde venía el general González Ortega con la división, hasta llegar á encontrarlo, noticiándole que habíamos sido rechazados, Omaña por un lado del atrio y mi columna por el otro, y que probablemente yo había sido fusilado, como se había mandado que él lo fuese. Omaña había oído mi voz por dentro del atrio, según he dicho, y después el estruendo de tiros, que suponía eran los de los soldados que me habían fusilado; y vió que, calmados los fuegos, permanecía el enemigo en sus posiciones, todo lo cual daba verosimilitud á la suposición de



Los vencidos en Jalatlaco son presentados por el general Porfirio Díaz al general González Ortega.

...era el enemigo en una ermita...
 ...se dirigi a la parroquia por el rumbo...
 ...a la desfilada en una retorcida...
 ...pasada a retaguardia. Así es que...
 ...pasado algunos veinte individuos...
 ...hicieran alto, lo cual, advertido...
 ...y después de cambiar pa...
 ...de la fuerza, mas á virtud de la...
 ...pero si lo hizo al or...
 ...que le sirvieron de indici...
 ...distinguió de las enemigas, que...
 ...uníscme el citado capitán...
 ...hasta incorporarse.

...de objetivo desde mi marcha...
 ...que es tan grande como una plaza...
 ...dicha plaza circundaban. Sufrí yo...
 ...y esto me obligaba á dis...
 ...operación más seria...
 ...segue las instrucciones reci...
 ...hacia de la división á que...
 ...por sorpresa, y de allí venía...
 ...en aquellos instantes...
 ...por más que fuese muy...
 ...avanzar con su fuerza, á...
 ...de la caballería para el efecto...
 ...por todas partes habíamos...
 ...el capitán José María Omana...
 ...ya por el...
 ...de entrada, las oía como si...
 ...que rehaceme para renair

...el oficial que nombré, teme...
 ...atardimiento, causado...
 ...no sólo no cumplió la...
 ...debería hacer la ejecución, entre...
 ...saliendo del cuadro de defensa...
 ...general González Ortega con la divi...
 ...Ormana por un lado del...
 ...como se había mandado...
 ...y después el estruendo...
 ...que, calbados los fue...
 ...la suposición de

El general González Ortega
 fue vencido en Chalchaco por el general Porfirio Díaz



nuestra derrota y mi fusilamiento. Con esta noticia, el general González Ortega dispuso que toda la columna hiciera alto á la vista del pueblo y esperara á que amaneciera, y situó una batería que hizo fuego sobre los combatientes; pero como los artilleros no tenían más guía que los fuegos de fusil, y lo mismo batían á los enemigos que á nosotros, mandé al subteniente José María Martínez á suplicar al general en jefe suspendiera los fuegos de su artillería, que nos hacían más daño á nosotros que al enemigo, y á pedirle municiones por haberse casi agotado las mías.

»En esos momentos, y antes de recibir las municiones pedidas, sorprendí un grupo de oficiales que huían, separándose de las posiciones del enemigo; y examinándolos rápida y separadamente, averigüé por ellos que Márquez salía en esos instantes en columna, rumbo á la montaña, evitándome y evadiendo las posiciones que ocupaba el general González Ortega. Como el tiempo era precioso, y no debía perderse un solo instante, no obstante mi escasez de municiones hice un ataque decisivo con el propósito de cortar la columna, lo cual conseguí, y logré que regresaran hacia el atrio, defendiéndose, setecientos infantes con toda la artillería y bagajes. Reducido por este medio el número con el que tenía que combatir, pude vencer fácilmente; y así, cuando ya tuve á todos aquellos hombres rendidos y desarmados, pecho á tierra en el atrio, y amarrados los jefes y oficiales, que en total eran diez y ocho, salí personalmente á dar parte al general en jefe.

»La división, á corta distancia, estaba toda en descanso: la tropa de infantería, sentada, con el fusil entre las rodillas, y muchos jefes y oficiales acostados bajo sus capas de hule, porque toda la noche había llovido y aun no había cesado del todo la lluvia en esos momentos. Los primeros oficiales á quienes hablé, me condujeron hasta donde estaba el cuartel maestro, que era el general D. Santiago Tapia, y éste me llevó á presencia del general en jefe, quien no creyendo que todo estaba concluido, me indicaba que esperásemos que amaneciera, porque no convenía emprender nada por lo pronto. Le manifesté que en verdad la derrota se había consumado; que yo era dueño de siete cañones, de todo el bagaje y de muchos prisioneros, que creí llegarían á ochocientos, pero que al contarlos resultaron setecientos y tantos. El general en jefe montó al fin en su caballo y se puso en mi seguimiento; mas para que pudiera distinguirme, dada la negrura de la noche, tuve que ponerme un pañuelo blanco sobre la espalda. Llegamos al lugar del combate, y sin embargo de que el general en jefe se persuadió de nuestra victoria, no juzgó conveniente ordenar la persecución del enemigo, como yo se lo indicaba, porque, me dijo, la caballería no conocía los caminos y no tenía guías á su disposición.»

Tal fué la inaudita acción de Jalatlaco, descrita por el general Díaz con natural modestia, y la cual alumbró, como para que pudiera ser creída por los testigos, la aurora del 13 de Agosto de 1861. Acción como esa no necesita ningún encomio: se presenta á la vista por sí sola, produciendo admiración sincera.

El general González Ortega, subyugado por aquel acto temerario de la braveza del coronel Díaz, en que jugó la vida heroicamente con unos cuantos de sus hombres, á inmediaciones de fuerzas poderosas de que dependía, y de las cuales, en vez de auxilios, recibiera indiferencia ó daño, se dirigió al señor presidente Juárez, y le decía, después de participarle el triunfo de uno contra doce, según la proporción de las tropas que combatieron, estas significativas palabras: *Deseo el ascenso para Porfirio Díaz. Yo me avergonzaría de ser general si él, después de lo ocurrido á presencia mía, y bajo mi mando, no llegara inmediatamente á serlo.*

Frases como esas, dichas por el superior en los momentos de tener ante sus ojos, admirados, el

cuadro de un increíble, inesperado triunfo, son el mejor y más justificado comentario de la acción á que nos referimos.

El general Díaz se limita, en su Autobiografía, á expresar al respecto dicho:

«Con motivo de la victoria de Jalatlaco, fui agraciado por el Gobierno con el grado de general de brigada.»

Los restos de las tropas de Márquez huyeron hacia Huisquilucan, y á encontrarlos se movieron columnas al mando de los generales Francisco Alatorre y Felipe B. Berriozábal, que lograron causarles daños, antes de que la división González Ortega pudiera darles nuevamente alcance. Así es que se dispuso que ésta en su mayor parte regresara á la capital; pero no estuvieron mucho tiempo en descanso las tropas que lo hicieron, pues el jefe conservador volvió á reunir un grueso considerable de fuerzas, al conseguir que se le incorporasen otras de los Estados de Querétaro y San Luis, y amagaba á Pachuca, que se hallaba protegida por una relativamente débil columna liberal, que iba al mando del general Santiago Tapia.

En tal virtud, la brigada de Oaxaca, á cuya cabeza habíase puesto al general Mejía, por haber logrado el restablecimiento de su salud, y el cuerpo de lanceros del propio Estado, unido á dicha brigada, fueron enviados á reforzar la columna del general Tapia, y el general Díaz marchó con esa fuerza, como segundo jefe de ella, en su carácter expreso de mayor general de la misma. Dice en sus apuntes al tratar sobre estos sucesos:

«Hicimos una marcha rápida, y al día siguiente, 20 de Octubre de 1861, llegamos á Pachuca, de donde rechazamos sin gran esfuerzo las tropas de Márquez, quien abandonó con ellas la ciudad, poco defendible, y se dirigió al camino que conduce al Real del Monte, en donde tomó posiciones.

»Al salir inmediatamente de la carretera, advertimos que una loma de poca elevación, llamada La Cruz de los Ciegos, se hallaba coronada con una compañía de infantería, que se replegó al ser tiroteada por nuestra descubierta, hacia las posiciones de su respectiva retaguardia, las que, al dejar nosotros atrás La Cruz de los Ciegos, pudimos apreciar.

»Efectivamente, vimos que la caballería enemiga en columna, dándonos el frente, se encontraba por todo el camino; y más cerca á la izquierda, como enfrentando oblicuamente á la cabeza de nuestra columna, que por dicho camino marchaba, en un cerro que guardaba tal posición, había en las dos eminencias que lo coronan, fuerzas de infantería dotada con artillería, la que estaba en la cumbre más elevada y un poco más lejos.

»El citado camino, en el trayecto que de él ocupamos, casi está cortado á tajo á la izquierda, y á su derecha hay un descenso rápido del terreno.

»Visto todo esto por el general en jefe, que imaginó podía la caballería enemiga cargar de frente ó flanquear por la derecha, ordenó al general Mejía que, con la compañía de granaderos del primer batallón, y un obús, defendiera la citada carretera, y á mí me previno que atacara las posiciones defendidas por la infantería y artillería contrarias.

»Al efecto, puso á mis órdenes al resto del primer batallón y el segundo, diciéndome que, al serme necesario, dispusiera del batallón rifleros de San Luis, que mandaba el teniente coronel don Carlos Salazar, que me seguiría de cerca, y aun del de carabineros á caballo, que era á las órdenes del coronel D. Antonio Álvarez.

»El sol de la mañana iluminaba de lleno el teatro de los sucesos y nada se escapaba á la vista de los combatientes.

»Recibidas las instrucciones emprendí el ataque sobre la altura más inmediata y menos elevada, que carecía de artillería; pero la aspereza del terreno por donde ascendí, hacía difícil la marcha de avance, en que la tropa se rendía de fatiga. Más suave era el declive de la cumbre principal; y observado esto, y para disponer de tropas de refresco, hice uso de rifleros y me dirigí á aquella artillada eminencia, que tras de breve lucha tomé, no sin haber dispuesto antes de ello de una parte del cuerpo de carabineros, á las órdenes del capitán D. Adolfo Garza, quien mereció una especial mención y su ascenso á mayor, por su conducta distinguida en este hecho de armas.

»Tomada la principal posición, donde se me dejó abandonada la artillería, descendí sobre la otra, haciendo huir al enemigo.

»En tanto que tenía efecto el ataque principal, la caballería contraria se echó encima del general Mejía; pero la fuerza que había quedado un tanto fatigada á la falda del cerro, después de verificado el encuentro sobre la eminencia de menor elevación, le auxilió con toda oportunidad, y hubo de retroceder dicha caballería y bien pronto acompañar en su huida á toda la tropa enemiga, que se declaró en derrota, habiéndome puesto yo luego en su seguimiento.

»Después de efectuar una larga persecución hacia El Grande, volví en la noche á Real del Monte, á donde el general Tapia, jefe de las fuerzas, y el general Mejía, jefe de mi brigada, habían acuartelado las tropas que no tomaron parte en el alcance.

»Pasados cuatro ó cinco días de permanencia indispensable en Real del Monte, para levantar el campo en una dilatada extensión y para poner á los heridos en condiciones de marchar unos, y de ser atendidos en un hospital de sangre que se estableció, los otros, volvimos á la ciudad de México con las fuerzas de Oaxaca.»

La hoja de servicios de Díaz habíase ilustrado con ese nuevo hecho de armas de Pachuca y Real del Monte, en el cual, no obstante su posición secundaria, fué quien ejecutó las cargas sobre los puestos ventajosos del enemigo y quien verificó sobre el mismo la persecución, una vez realizada la derrota á virtud de su esfuerzo.

Se advierte cómo el joven general pugnaba y sobresalía respecto de sus propios superiores. Así pasó en Jalatlaco, y así siguió sucediendo en la acción librada en Pachuca y sus inmediaciones.

Sin duda que, á haber nuestro biografiado mandado en jefe en una y otra acción, la persecución no hubiera sido nula en la primera, y limitada á un solo alcance de jornada en la segunda.

Asomaban ya tiempos aún más sombríos en la historia de la República, en los que el general Díaz había de desarrollar todas las facultades militares de su marcial espíritu.

